

## **JOSEFINA HOYOS, IN MEMORIAM**



En aquella casa pasé muchas tardes con Diego, Benito, Cuqui, Manolo y Pepe. También con Ana, Isidro, Susi, Juan Antonio y Pedro. Formábamos parte del Voluntariado de La Huertecica y acudíamos allí cada tarde a encontrarnos con jóvenes que querían dejar las drogas y con sus familias, casi siempre sus madres y padres. Tenía un amplio comedor que hacía las veces de sala de espera en torno al cual disponíamos en círculo una gran cantidad de sillas en las que se sentaban los padres. Desde él se accedía a diversas estancias habilitadas como despachos y a la cocina, que había que cruzar para llegar al patio, el lugar de los hijos.

Unos y otros tenían que acudir juntos. Se les citaba dos veces por semana y, desde el primer día, se intentaba que comprendieran la importancia de avanzar a la par y de seguir nuestras indicaciones. Se trataba de crear cuanto antes un triángulo en el que hijos, padres y equipo de tratamiento establecieran una alianza que se sustentaba muy especialmente en la sinceridad, esencial para establecer una relación de confianza que se mantendría hasta el final del proceso terapéutico y sería una de las claves para el éxito de este. Al mismo tiempo, hacíamos un análisis de las drogodependencias en el que, sin olvidar la parte de responsabilidad individual de cada cual, las personas afectadas eran consideradas en muchos aspectos como víctimas de un sistema social injusto en el que, también por medio de las drogas, los más desvalidos eran machacados.

El trabajo de valoración, orientación y motivación que hacíamos en los despachos se complementaba de manera más informal, pero no por ello menos importante, en el patio y el comedor, donde naturalmente surgían cada día interesantes tertulias que para sus participantes eran una oportunidad de aliviar la angustia compartiendo sus expectativas, miedos y dificultades, pero, sobre todo, porque tomaban conciencia de

que todos los que se encontraban allí padecían una misma problemática. En realidad, ambos espacios se convertían en auténticos grupos de autoayuda.

Entre las paredes de aquel comedor, forradas hasta la mitad con artísticos azulejos que le daban un aire entre antiguo y vistoso, fue emergiendo la necesidad de constituir una asociación que agrupara y arropara a familiares de personas drogodependientes con el fin de darse apoyo. Se trataba en su mayoría de personas sencillas y humildes, que buscaban resolver el problema de sus hijos, que sufrían con ellos y que necesitaban orientación y alivio. Para ellos empezaba una andadura nada sencilla en la que tendrían que estar abiertos al aprendizaje y al cuestionamiento y, mientras tanto, descubrían la importancia de reivindicar ante las instituciones los derechos de sus hijos.

De aquella necesidad surgió el Colectivo de Padres Contra la Droga de Cartagena, que empezó a reunirse en aquella misma casa, la Casa de Acogida del Colectivo La Huertecica, ubicada en la calle Alfonso XIII, nº 57, de Los Dolores. Estaba constituido casi en su totalidad por padres y madres de personas que hacían tratamiento en La Huertecica. Su mayor fuerza y presencia la tuvieron a finales de los años 80 y primeros de los 90. En este periodo organizaron varias Escuelas de Padres; pusieron en marcha la Asesoría Jurídica en la que a día de hoy Toñi Murcia y Lucía Cobacho siguen orientando y acompañando en relación con los asuntos judiciales que arrastran las personas que acceden a nuestros tratamientos; impulsaron concentraciones periódicas en la Plaza de El Lago de Cartagena, centro neurálgico para la venta de drogas en aquellos momentos, en las que denunciaban la actitud y las decisiones de policías y jueces que con frecuencia obstaculizaban los procesos de rehabilitación e inserción; en coordinación con el Comité Antisida de Cartagena colaboraron en la primera campaña del lazo rojo, con la que se denunciaba la discriminación social e institucional que la aparición del VIH añadió a la población drogodependiente y homosexual; participaron junto a otros colectivos similares que surgieron en otras partes del Estado, en la campaña de denuncia y cuestionamiento a jueces, en relación con las llamadas *sentencias bondadosas* en procesos en los que se juzgaba a importantes narcotraficantes.

Beatriz, Encarna, Asensio, Carmen, Pedro, Filo... fueron algunos de sus miembros fundadores, entre los que también estaba Josefina Hoyos.

Josefina puso toda su alma apoyando con gran dignidad a su hijo en su paso por La Huertecica, y siguió poniéndola durante muchos años en el Colectivo de Padres contra la Droga donde fue un referente para otros padres por sus testimonios cargados de fuerza y de verdad. Josefina vivía muy cerca de aquella Casa de Acogida que acabó siendo la sede social de La Huertecica, así que aprovechando sus quehaceres cotidianos era frecuente que pasara por allí a saludar o a hablar con Diego, Manuel o Mariano en los que siempre depositó una confianza infinita.

Josefina se hacía de querer porque era muy cariñosa y, también, porque buscaba a las personas y su afecto cuando los necesitaba. Casi siempre aparecía con el periódico y

comentaba lo que leía con gran sentido crítico, especialmente noticias de carácter político. Era algo llamativo en una mujer de su edad y su sencillez. Y es que, desde que la conocimos, Josefina fue una auténtica militante que extendió ese espíritu crítico y solidario a otras causas sociales en las que participaban las personas a las que quería, y supo ver un puente que conectaba su lucha en el Colectivo de Padres Contra la Droga con otra bien distinta que mantenía la Asociación de Padres y Madres de Insumisos, y lo cruzó para poner también allí toda su alma y toda su maternidad. Porque, aunque no tuviera ningún hijo insumiso, nos tenía a Paco, hermano de Juana, a Luciano y a mí.

Y allí encontró a Pepita Pedreño y a Aurelia Quesada que sufrían por la represión policial, detención y encarcelamiento de sus hijos, como ella había sufrido en otro tiempo por el suyo. Y Josefina iba con ellas a las manifestaciones, a los juicios y a las puertas de las prisiones, muchas veces con otras madres del Colectivo de Padres como Carmen Álvarez, Milagros o Beatriz. Y es que Josefina casi siempre iba acompañada de otras madres y junto a ellas transmitía algo muy próximo a lo que hoy entendemos como sororidad. De los orígenes del Colectivo de Padres, siempre me vienen imágenes de este tipo de ella con Beatriz, y en los últimos años, en su etapa de voluntarias de La Huertecica, con Lola, arropadas ambas por Juana, que tanto la ha querido y cuidado.

Salvador Giménez-Balaguer Garcerán

18 de enero de 2022